EL LICEO DE GRANADA

REVISTA QUINCENAL

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

AÑO I. 15 de Mayo de 1869. NÚM. 4.

DISCURSO DE APERTURA
DE LAS
CÁTEDRAS DEL LICEO.

Señores: Al abrir las cátedras de este liceo, que están á cargo de la seccion de ciencias y literatura, necesito cumplir una doble obligacion: inaugurarlas todas, consideradas en su conjunto magnífico y armonioso; exponiendo con lealtad y sencillez lo que son y lo que significan, sus inmensas ventajas y el distinguido mérito que desempeñándolas contraen los dignos sócios que se han servido tomarlas á su cargo; é inaugurar tambien especialmente la mia, diciendo con verdad y lisura la razon de ocupar yo este sitio; la de haber escogido para asunto de mis lecciones la Economía popular, y lo que entiendo por esta ciencia en su estado presente, ó sea, la órbita que recorre, con pacífico y ordenado movimiento, en su actual evolucion.

No extrañeis que para llenar, en la pequeña medida de mi escasa capacidad, esas dos grandes obligaciones, haya escrito y os lea este discurso, en vez de dirigirme á vosotros oralmente: lo segundo hubiera sido para mí mas fácil, por exijirme mucha menos ocupacion de tiempo, que no me sobra: lo primero, sin embargo, me ha parecido que convenía mas al liceo, á la seccion, á las cátedras y aun á mi propia personalidad; porque si no es posible escribir y publicar fidelísimamente todo lo que aquí se diga, por lo menos era interés de todos que el discurso inaugural no fuera una lijera improvisacion.

Há mucho tiempo que deseaba el liceo, y especialmente su academia ó seccion de ciencias y literatura, establecer cátedras públicas y gratuitas, en las cuales se pudieran esplicar las ciencias humanas en su mayor extension y en la altura de los principios; elevándolas, sobre la viciada atmósfera de mezquinos intereses y de errores y preocupaciones vulgares, al esplendente cielo de la verdad, en el que lucen los brillantes astros del talento y la sabiduría. Este deseo, que nos llevó á obtener la licencia y autorizacion entonces necesarias, y verificar ensayos ó tentativas mas ó menos felices, pero siempre laudables, á mi entender es uno de los títulos mejores que tenemos á la estimacion de nuestros conciudadanos; porque, como decía el gran Mirabeau, disipando un solo error, propagando una sola idea buena, hacemos algo en obsequio de la especie humana y hasta podemos asegurarnos su gratitud.

Esto consiste, señores, en que la ciencia es como soberana del mundo, y en su vasta extension, comprende lo mas grande como lo mas pequeño: ella, semejante al sol, brilla para todos, iluminando su luz todas las inteligencias y penetrando su calor en todos los corazones. La ciencia nos aproxima á Dios, y es indudable que así como una semi-ciencia puede arrastrarnos á la incredulidad, así la ciencia verdadera nos conduce á la fé: la ciencia nos demuestra, que sin Dios no se concibe al hombre; que sin Creador no hay mundo; que sin la Providencia no se explica el universo; y aunque sea redundante decirlo, ni tampoco la humanidad; que sin Jesucristo son igualmente inexplicables la historia y la civilizacion. La ciencia, por otra parte, nos enseña, cual madre cariñosa, todo aquello que mas sencillo nos parece y que tal vez por humildísimo desdeñamos investigar, siendo realmente de muchísima importancia: la manera de conservar nuestra salud; los medios de dar pan á nuestros hijos; las leyes á que obedecen la agricultura, la industria y el comercio; lo que son, de donde vienen y á donde deben ir la familia y la sociedad; todo cuanto en el órden humano y natural nos interesa conocer y cuya ignorancia es vergonzosa y funesta.

Ved aquí por qué aspirábamos al establecimiento de estas cátedras públicas, en que, si no pueden darse cursos completos de ciertas y determinadas asignaturas, para instruir técnicamente y de un modo didáctico á los que sigan una carrera ó se dediquen á una profesion, puede y debe sembrarse la verdad científica en sus múltiples manifestaciones; puede y debe, como lluvia del cielo convertida en benéfico rocío, verterse y esparcirse

Biblioteca Nacional de España

por todo el campo, y en particular por el florido vergel de la juventud, no una palabra vana, estéril y perniciosa, sino la voz saludable, fecunda y llena de sávia del sacerdote de la ciencia.

Inconvenientes y obstáculos en cuya exposicion fuera inútil y enojoso detenerme, impidieron la apertura de estas cátedras, hasta hoy que, proclamadas y establecidas las libertades de enseñanza, de reunion y de asociacion, faltaríamos á todos nuestros antecedentes y empañaríamos nuestro buen nombre si no nos apresuramos á cumplir lo que á Granada debemos: á Granada, de la cuál se dice con muchísima razon, que si no es ya la Damasco de Occidente, siempre será la Atenas del Mediodía.

Pero ¿por qué ocupo yo este sitio? ¿Por qué inauguro estas cátedras? Os lo diré muy brevemente; pues no se aviene con mi carácter hablaros mucho de mi modesta personalidad. Me veis en este sitio, porque recientemente llamado de nuevo á la presidencia de la seccion de ciencias y literatura, que otras muchas veces tuve la honra de dirigir, ni debía rehusar este cargo en los momentos en que su aceptacion obliga á trabajar, ni podía dejar de ser el primero que acudiese á realizar un proyecto iniciado por mí en varias ocasiones.

Vengo, de consiguiente, á romper una lanza en el pacífico torneo de la inteligencia, no por una nécia vanidad, incompatible con mi ya larga historia en el profesorado público; pues al cabo de cerca de treinta años de ejercerle, no cabe en mí ser ahora vanidoso cuando jamás lo he sido: no tampoco por ambicion ó deseo de figurar, de que estoy muy distante, despues de haber corrido todos los grados de las gerarquías política y académica: no, en fin, porque presuma ser necesario, cuando tengo olvidada, á fuerza de muy sabida, la máxima de que no hay hombres que deban ser impuestos como una imprescindible necesidad; aunque, por otra parte, no desconozco la famosa parábola del conde Saint-Simon: vengo puramente porque la ciencia, lo mismo que la riqueza, lo mismo que la posicion social, lleva consigo ciertas obligaciones de ineludible cumplimiento; y si mis consocios, mis amigos, el público en general, han creido que yo sé algo, es un deber en mí poner á su disposicion mi humildísimo saber y mi escasísima inteligencia.

II.

Señores: He preferido para asunto de mis lecciones la Economía popular, porque es esta la ciencia que mas amo de las pocas que conozco; la que vengo cultivando con mayor aficion desde mi juventud; la que enseñé por espacio de bastantes años en nuestra universidad, y acerca de la cual tengo publicado un libro y varios trabajos, habiendo merecido mis tareas alguna aceptacion dentro y fuera de Granada. Ved aquí los títulos positivos que, aparte de los oficiales y académicos, tengo para presentarme cómo maestro de la ciencia económica.

¿Y qué entiendo yo por Economía popular? Á esta ciencia, señores, ha cabido, no sé si diga la fortuna ó la desgracia, de ser tan grande, tan general, tan universal, que siendo verdaderamente cosmopolita, humanitaria, poco menos que indefinida, tiene algo de la vaguedad del aire, del mar, de la luz, del cielo atmosférico. Hay en la Economía síntesis magníficas y profundas; hay tambien análisis prolijos y minuciosos: tan pronto plantea y se afana por resolver el temeroso problema de la relacion que existe entre los medios de subsistencia y la propagacion de la humanidad, como desciende á reconocer y examinar de un modo sagacísimo el último y mas insignificante instrumento de produccion de la riqueza. Ora el economista es el hombre de estado, que medita sobre la por antonomasia llamada *cuestion social*, porque lo es por excelencia: cuestion que palpita con movimientos agitados, en las entrañas de la ciencia económica: ora es el profesor que investiga la influencia en la industria de la division del trabajo, ó las cualidades y los servicios de la moneda. En fin, la Economía tiene un carácter mas que enciclopédico, mas que complejo, indeterminado, tal vez confuso y, en sentido humano, infinito: por eso vemos con asombro que hay quien la considera como la ciencia, poco merecedora de esta categoría, de disponer y arreglar un estado, como la madre de familia lo hace de su casa; y esta es la etimología del nombre, derivada de las dos palabras *oikos* (casa) y *nómos* (ley): *ley de la casa*. Ved aquí la Economía; y para distinguirla en sus dos aplicaciones, hay que decir Economía *doméstica* cuando se refiere á la casa de la familia, al domicilio, al hogar; ó bien Economía *política*, si ya se relaciona con la sociedad civil, con la ciudad, con la nacion. De ahí tambien los distintos adjetivos con que se califica á la Economía en esta última aceptacion; llamándola unos, en vez de política, *civil;* otros *pública;* otros, modernamente y con mejor acierto, *popular*. Si etimológicamente la Economía es la ley de la casa; si hay, con toda exactitud llamada así, una Economía doméstica, que á la luz del hogar enseña á los padres de familia los principios y las máximas, que no pueden infrinjir sin exponerse á la pobreza, al hambre, á la muerte acaso, de la produccion y el consumo de la riqueza, giran-

Biblioteca Nacional de España

do entre los dos polos del trabajo y el órden; hay otra Economía, la popular, que á la luz de la verdad y la razon, del buen sentido y la ciencia, enseña al pueblo las reglas y los axiomas, no solamente de la produccion y el consumo, sino de los cámbios y más de la distribucion de la riqueza; para que esta sea repartida equitativamente, así mismo entre dos polos, á saber: el trabajo y la libertad.

Pero no quedan en estas las diferentes acepciones de la Economía. Los hombres de estado creen que solo sirve esta ciencia como una teoría de rentas para aumentar los ingresos del tesoro: los filántropos pretenden que sea una medicina universal para curar ó enlentecer los dolores acerbísimos de las llagas, de los cánceres que la sociedad padece: los utopistas avanzan á reclamar de ella la ley del organismo social; porque así como el cuerpo humano tiene su propia economía, entienden que la debe tener el cuerpo civil y político; diré mejor, toda la humanidad considerada como cuerpo. Y ya nos encontramos conque la Economía, pasando de un extremo á otro, tan pronto es la servil aliada del fisco, tan pronto es la panacea universal, y en una region y en otra, los sectarios de sistemas erróneos ó imposibles se revuelven furiosos contra la ciencia, por la impotencia ó la esterilidad que la atribuyen; persiguiendo insensatamente la sombra del gamo, á que nunca dan caza, ó mereciendo que se les diga con muchísima razon:

La cara habeis de arrojar,
que el espejo no hay por qué.

Ciertamente la Economía no es responsable de los desvaríos que, pidiéndola imposibles, cometen las escuelas utopistas; en las cuales, por otra parte, hay siempre que alabar el buen deseo, ó cuando no se puede aplaudir la rectitud de las intenciones, al menos el efecto ventajoso que todo ensayo atrevido y toda teoría osada producen, de llamar la atencion de los hombres pensadores y los verdaderos filósofos, acerca de los grandes intereses morales y materiales de la humanidad. Cuando Malthus decía: «el hombre que carece de medios de subsistencia y no tiene familia que pueda mantenerle, si la sociedad no necesita de su trabajo, está demás en el mundo; en el banquete de la vida no hay cubierto para él, y la miseria, las enfermedades y el hambre se encargan de ejecutar su sentencia de muerte:» cuando salían estas horribles palabras de la pluma de aquel sabio, aterrorizando al mundo, es indudable que muchos hombres de sano juicio é ilustrado entendimiento respondian: «esa es una exageracion: esa es una atrocidad; esa doctrina es absurda: en el fondo, sin embargo, hay alguna cosa que merece reflexionarse, y es menester buscar la ley de la poblacion en relacion directa de la produccion, y es necesario consagrarnos todos á resolver la cuestion social en términos de justicia, por medio del trabajo, contando siempre con la caridad cristiana. Otra vez un gran filósofo, un economista profundísimo, Proudhon, ha exclamado en el exceso de su desesperacion y de su rabia: «la propiedad es el robo:» el mundo le ha contestado con las palabras de *blasfemia, iniquidad, calumnia;* y no obstante, se han examinado los fundamentos de la propiedad; se ha reconocido que no está solo en la ley sino en la naturaleza de las cosas y en los instintos del corazon humano; se ha convenido en que aquella es una de las bases de la sociedad y una de las circunstancias necesarias para la produccion; y á reserva de condenar los abusos y remediar las injusticias y modificar los excesos del derecho indiscutible de apropiacion, los pueblos han escrito en sus banderas revolucionarias este lema: *respeto á la propiedad.*

III.

Dispensadme, señores, si abuso de vuestra benévola atencion. Acercándome al término de este ya largo discurso, os diré: que la Economía popular es, á mi modo de ver, la ciencia que tiene por objeto la produccion, distribucion, cambios y consumo de la riqueza, y por fin, la prosperidad (no la felicidad) de las naciones.

No es, por consiguiente, ni lo que Aristóteles llamaba *Chrematística,* dando á entender que su esfera de accion se concretaba á la mera produccion de la riqueza; ni tampoco la ciencia del estado, ó la reunion de las *ciencias de cámara,* como los italianos dicen. Yo disto tanto de los que solo quieren ver en la Economía popular una teoría de Hacienda pública, como de los que creen, con Scialoja, que es la ciencia que tiene por objeto la descripcion ó el estudio de las leyes á que obedece la existencia del cuerpo social.

Los fenómenos de la produccion, distribucion, cambios y consumo de la riqueza, son indudablemente del resorte de la Economía: en esta parte sigo ahora, como cuando publiqué mis *Elementos* en 1841, la teoría de nuestro sábio economista Florez Estrada. Pero exento yo de las preocupaciones sistemáticas de la escuela inglesa, del frio industrialismo de Adam Smith, y aun del eclecticismo impotente de Storch; simpatizando mucho mas con las generosas doctrinas de Droz, Villeneve Bargemont, Duchatel y Dunoyer, digo con Blanqui mayor: «el verdadero fin de la Economía es llamar en adelante al mayor número de hombres posible á participar de los beneficios

Biblioteca Nacional de España

de la civilizacion.» ¿Cómo? Vedlo aquí en dos palabras: por el inevitable y honroso medio del *trabajo*, en el ancho y ameno campo de la *libertad*.

Creo firmemente con el sábio historiador de esta ciencia, que algun dia no habrá parias en el banquete de la vida; que en él tendrán cubierto preparado todos los hombres, á trueque de su laboriosidad y su virtud, y que la horrible sentencia del atrabiliario Malthus no será otra cosa que un pavoroso recuerdo. Y lo mismo que el profesor del conservatorio de artes y oficios de Paris, empiezo por confesar que no he creado sistema alguno, ni tengo en mi cartera un plan de regeneracion social y de prosperidad y bienandanza del género humano; pero tengo si fe en la influencia de la Economía para resolver el problema de los siglos, que consiste en procurar una distribucion equitativa de los productos del trabajo. Por ello y siéndome imposible, en las pocas lecciones que debo dar, comprender todos los principios y abarcar todas las consecuencias y aplicaciones de la ciencia económica, me propongo tratar: 1.°: de la Economía popular de los antiguos, que ademas de servir para *dar abuelos á la ciencia*, segun la oportuna frase del ilustre Mr. Blanqui, es utilísima; porque la historia, como dice Ciceron, es la maestra de la vida; es el espejo en que vemos reflejados los aciertos y los errores de los que nos han precedido en la série de los tiempos: 2.° de las mudanzas ocurridas en la organizacion económica de Europa, por la influencia del cristianismo: 3.°: de la Economía popular de la edad media, y más especialmente del feudalismo: 4.°: de la reforma protestante, el descubrimiento del nuevo mundo y el sistema colonial de los europeos, bajo el aspecto solamente de su influencia en la marcha de la ciencia económica: 5.°: del colbertismo y la fisiocracia: 6.°: del sistema industrial de Adan Smith y del principio de poblacion de Malthus y sus adversarios, hasta Sismondi de Sismonde y Villeneve Bargemont.

No os ofrezco más por este curso, porque seguramente no habra tiempo para mayor número de lecciones. Basta por este año; y creed firmemente que si podemos recorrer el camino que trazado queda, no habremos hecho poco, ni esta cátedra será la que ménos utilidad y resultados prácticos produzca.

Cuento siempre, señores, con vuestra benévola atencion y con vuestra indulgencia y simpatías, que no dudo me sostendrán en mi difícil y patriótica tarea, como á todos mis dignos compañeros; sirviéndonos, á la par, de recompensa y estímulo.

NICOLÁS DE PASO Y DELGADO.

LE GALIB ILLE ALLAH!

(SOLO DIOS ES VENCEDOR.)

LEYENDA HISTÓRICA,

dedicada á mi amigo Aureliano Ruiz.

I.

—«Quiero habitar un palacio
de tan sublime belleza,
que llene con su grandeza
la grandeza del espacio.

Palacio, que las miradas
humille del sol naciente,
al lanzar su luz ardiente
en sus cúpulas doradas.

Que contenga en sus jardines
en mágicos laberintos,
entre rojos terebintos
grupos de blancos jazmines.

Quiero, en fin, una morada
como nunca la vió el hombre,
para eternizar el nombre
de los reyes de Granada.»

Esto pronunció Alhamar;
y á su fiero despotismo,
desde el fondo del abismo
se vió el palacio brotar.

El elemento tambien
doblegóse á su albedrío,
y de un estéril baldío
hizo nacer un eden.

Jamás la imaginacion
soñó prodigios iguales;
que mas bien que de mortales,
era de génios mansion.

Y hasta las mismas huríes
vieron con envidia insana,
sus muros de filigrana
y sus techos de rubíes.

El Dauro en él agotó
el oro de sus riberas,
y sus inmensas canteras
Elvira en él consumió,

Biblioteca Nacional de España

Y para su decorado
le mandaron á porfía
su aljófar Alejandría
y la Persia su brocado.

Al mirar tanta grandeza,
absorto el rey agareno,
de orgullo su pecho lleno
alzó altivo la cabeza.

Y con gozo sin igual,
contempló desde la altura
la brillantez y hermosura
de Granada la Oriental.

Y al pié de sus torres mil
tendida su extensa vega,
que en revueltos giros riega
y fecundiza el Genil.

—«Esta, dijo, es la ilusion
que en mi mente acaricié:
la que en mis sueños forjé
para saciar mi ambicion.

Ya poseo una morada
como nunca la vió el hombre,
para eternizar el nombre
de los reyes de Granada!»

II.

Así los años pasaron
y otros reyes sucedieron,
que en la Alhambra residieron
y su recinto ensancharon.

Y hubo allí grandes festines
en que el dolor se olvidaba,
y el tiempo se deslizaba,
sin sentir, en sus jardines.

Y sobradas ocasiones
en que el puñal homicida
dejara un cuerpo sin vida
en sus mágicos salones.

Hubo quien por un ultraje
que quiso vengar allí,
vengó á la tríbu zegrí
de la tríbu abencerraje.

Y los mármoles lucientes
se tiñeron de escarlata,
y en vez de líquida plata,
manaron sangre las fuentes.

Y hubo danzas y amoríos,
intrigas, traiciones, duelos,
citas, juramentos, celos,
venganzas y desafios.

Y en inércia y abandono,
y placeres y alegrías,
se deslizaban sus dias
creyendo firme su trono.

—

Pero en el libro infinito
llegóse el tiempo á medir,
y al fin se vino á cumplir
lo que en él estaba escrito:

Que la ciudad escogida
y el Palacio de Rubíes,
en un rey de los zegríes
fuese al cristiano rendida.

Bien los moros combatieron,
pero al cabo la entregaron
á los que bravos lucharon
y como bravos vencieron;

Y á los tercios vencedores
hubo de ceder Boabdil
el codiciado pensil
legado de sus mayores.

Con razon al pobre rey
llamaron *desventurado,*
porque pagó el desdichado
los crímenes de su grey!

Adormido en el placer,
entre odaliscas impuras,
ni midió sus desventuras
ni las supo precaver;

Que cuando quiso cobarde
salir de su abatimiento,
advirtió con desaliento
que, por su mal, era tarde!

Su gente esparcida vió
en disensiones civiles,
y solo rostros hostiles
do quiera su vista halló.

Entonces, por no sufrir
humillacion más vehemente,

Biblioteca Nacional de España

no vió su turbada mente
otro remedio que huir!

Dejar su pátria querida,
donde vió la luz primera,
y huir á tierra extrangera
tras tumba desconocida!

Dejar á los vencedores
Granada y sus torres mil,
el codiciado pensil,
legado de sus mayores!

Huye, rey de un pueblo muerto,
antes que el dolor te venza!
¡Corre á ocultar tu vergüenza
en el fondo del desierto!

III.

Ya partió! Torvo el semblante,
va con ímpetu violento,
flotando á merced del viento
la toca de su turbante.

Nubes de polvo tras él
deja en ráudo remolino,
y hunde la espuela contino
en el hijar del corcel.

Cada planta ó flor perdida
aumenta mas su coraje,
porque recuerda un pasaje
delicioso de su vída.

Y corre, y corre y se afana
sin mirar sobre su huella;
que teme encontrar mas bella
á su ciudad, ya cristiana!

Pero al llegar á una altura,
sin darse cuenta quizás,
dirige su vista atrás
para colmar su amargura.

Ay! que los signos cristianos
por todas partes campean,
y en sus mil torres ondean
los pendones castellanos!

—«Adios, búcaro de flores,
supremo eden de delicias,
ya no darás tus caricias
sino á tus nuevos señores!

¡Pátria de los Alhamares!
ya no veré tus verjeles,
ni tus bosques de laureles,
desde el salon de Comares.

No aspiraré la frescura
de tu brisa perfumada,
ni de tu Sierra Nevada
admiraré la blancura!

Ni veré ya de tu cielo
el puro azul transparente,
ni tu luna sonriente
calmará mi desconsuelo!

¡Encanto de las huríes!
¡Oásis de dulce calma!
Dentro se queda mi alma
de tu Alcázar de Rubíes!

Adios! Ya sin poseerte
mi vida se ha de apagar!
marcho perdido á buscar
el descanso de la muerte!»—

Al dar este adios postrero
una làgrima vertió,
y su pecho desgarró
un sollozo lastimero.

Su madre, fiel compañera,
que al destierro le seguía,
le dijo entonces sombría,
y al par que triste, severa:

—«Llora como una muger,
llora, cobarde y rendido,
el reino que no has sabido
como un hombre defender!»—

Boabdil, ébrio de dolor,
la espuela al corcel clavando,
partió de nuevo, llevando
un torbellino en redor.

Huye, sí, corazon yerto,
antes que el dolor te venza!
Corre á ocultar tu vergüenza
en el fondo del desierto!

Da rienda allí á tu dolor,
oscurecido y sin gloria!
¡Solo Dios da la victoria!
¡SOLO DIOS ES VENCEDOR!

SALVADOR PEREZ MONTOTO.

Biblioteca Nacional de España

LA GRAN LEY.

En tiempo de las primeras generaciones de los reyes francos, cuando la mayor parte de los pueblos que estaban bajo su dominio ignoraban aun la palabra de Cristo, vivia un anciano llamado Norberto, que había recibido la revelacion de los divinos misterios, y dedicado su vida á comprenderlos. Abandonando los fútiles placeres del mundo, se había retirado á una solitaria colina, donde habitaba una humilde cabaña, solo y sin otra ocupacion que engrandecer y elevar su espíritu.

Su fé consiguió, en fuerza de meditaciones y plegarias, que el velo que oculta el mundo invisible se entreabriese, dejándole percibir á un mismo tiempo las maravillas de la creacion aparente, y los prodigios de la creacion escondida. Su mirada se posaba en los bosques, las aguas, la pradera; despues se elevaba á la region recorrida por los mensajeros de Dios, y elevándose aun mas, á la deslumbrante entrada de la mansion celeste, guardada por los arcángeles. Su oido percibia á la vez el murmullo de los manantiales, la voz de los querubines, y el hosanna de los bienaventurados á los piés del trono del Eterno. Los ángeles le llevaban el alimento, y le instruian extensamente de todo lo que es desconocido á los hombres, pasando sus dias en perpétuo arrobamiento. Asociado á la vida de los espíritus puros, había sentido apagarse en él, poco á poco todas las ambiciones vulgares, como el sol hace desaparecer las pálidas estrellas; y orgulloso de lo que sobre la comprension vulgar se había elevado su inteligencia, hubiera deseado penetrar por ella los secretos de Dios. Escuchando esos clamores de la vida, que forman el himno eterno de la creacion á la gloria del Creador, repetía sin cesar:

—¿Por qué no podré yo comprender lo que dicen los pájaros en sus cantos, las brisas en sus susurros, los vientos en sus murmullos, las olas en sus suspiros y los ángeles en sus himnos celestiales? En ellos debe hallarse *la gran ley* que rige al mundo!

Pero todos los esfuerzos de su entendimiento, para penetrar tales misterios, habían sido inútiles, consiguiendo únicamente con ellos aumentar su orgullo y su dureza; porque la inteligencia que se engrandece sola, es semejante á los árboles de la selva, que no pueden extender sus ramas sin peligro de secar con su sombra los arbustos de su alrededor: para que la inteligencia sea fecunda y provechosa, es necesario la vivifique el rocío del corazon.

Cierto dia que había descendido de su colina, siempre verde, para cruzar el valle marchito entonces por el invierno, vió acercarse una numerosa hueste que conducía á un criminal al suplicio. Las gentes del país acudían á verle pasar y referían en alta voz sus crímenes; pero el condenado sonreia al escucharles, y en vez de arrepentirse parecía envanecerse del delito que había perpetrado. Cuando llegó cerca del solitario, se paró de repente y esclamó con aire de mofa:

—Acércate aquí, santo hombre, y dá el beso de paz á este que va á morir.

Pero Norberto, indignado, retrocedió.

—¡Marcha á la muerte, miserable, replicó; los labios puros no deben tocar á un maldito.

El criminal volvió á emprender su marcha sin responder, y el solitario, aun conmovido, tomó otra vez el camino de su ermita.

Mas, al llegar á ella, se detuvo estupefacto: todo había cambiado de aspecto. Los árboles, que la presencia de los ángeles mantenía en una eterna verdura, se encontraban deshojados como los del valle; donde algunas horas antes abrían sus flores las zarzas-rosas, brillaba ahora la escarcha; y el musgo, seco y agostado, dejaba ver por todas partes las estériles rocas.

Norberto esperó al mensajero celeste que le llevaba diariamente su alimento, á fin de saber la causa de este cambio; pero el mensajero no pareció: el mundo invisible se había cerrado para él, y había vuelto á caer en la ignorancia y la miseria de la humanidad!

Comprendió que Dios le castigaba, sin adivinar la falta cometida. Se sometió, sin embargo, sin murmurar, y arrodillándose sobre la colina:

—Pues que os he ofendido, ¡oh mi criador! dijo, debo en espiacion imponerme yo mismo un castigo. Desde hoy abandono mi soledad, y juro caminar sin descanso, hasta que me hayais manifestado, por un signo visible, que he merecido vuestra misericordia.

Pronunciadas estas palabras, Norberto tomó su campanilla de ermitaño, su breviario con broches de hierro, y su baston de abeto; ciñó su cintura con una cuerda de cuero, aseguró sus sandalias, y echando una mirada de despedida á la colina, se dirigió hácia un bosque vírgen é inmenso que a su vista se extendía.

Era necesario para cruzar aquel país, vadear los rios, saltar los pantanos, atravesar los matorrales, encontrando apenas, de tiempo en tiempo, alguna pobre choza, de la que, muchas veces, los dueños le rechazaban. Pero Norberto sufría con serenidad todas las fatigas y todas las privaciones. Sin otro objeto que su rehabilitacion ante Dios, oponía á los dolores la resignacion, á los obstáculos la paciencia.

De este modo llegó á la extremidad del inmenso bosque, donde se extendia una selva, en la que se ocultaban piratas que, sobre sus

Biblioteca Nacional de España

lijeras barquillas de mimbres cubiertas de piel, atacaban las otras barcas que bajaban ó subían el rio, cargadas de preciosas mercaderías.

Una tarde que el solitario alijeraba el paso para llegar á la orilla, se encontró en una esplanada, donde cuatro de aquellos piratas estaban sentados al rededor de un fuego de cañas. A su vista, se levantaron, corrieron hácia él y le arrastraron cerca de su hogar para robarle. Tomaron su campanilla, su libro, su cinturon, su sayal: y cuando vieron que no tenía otra cosa, deliberaron si debían ó nó dejarle en libertad. Pero el mas viejo, llamado Roderico, opinó que era conveniente guardarle para hacerle remar en la barca, y los otros convinieron en ello.

Norberto fué seguidamente sujeto con tres cadenas; la una para los piés, la otra para los brazos y la última para el cuerpo, quedando hecho esclavo de los piratas. Él era el que debía preparar la comida, limpiar las armas y conducir la barca, sin recibir jamás otra recompensa que golpes y maldiciones. Roderico, sobre todos, se mostraba despiadado; y añadiendo el sarcasmo á la crueldad, preguntaba sin cesar al ermitaño para qué le servía el poder de su Dios.

Cierto dia, sin embargo, atacaron los cuatro piratas una barca que bajaba el rio, en la que esperaban hallar ricas mercancías; pero sucedió que estaba tripulada por una tropa de archeros, que los recibieron con una nube de flechas; de tal modo, que tres de los piratas fueron muertos, y el cuarto, que era Roderico, recibió una flecha que le atravesó el pecho.

Norberto volvió entonces la barquilla hácia la ribera, que consiguió alcanzar. Se encontraba al fin libre y podía facilmente emprender la huida; pero se sintió movido de santa piedad por los que le habían hecho sufrir tan largo tiempo: dió sepultura á los tres cadáveres y despues se adelantó hácia Roderico. Este, que juzgaba al solitario por su naturaleza salvaje, pensó que se acercaba á él para vengarse, y le dijo:

—Mátame pronto, sin hacerme sufrir.

Pero Norberto replicó:

—Lejos de querer tu vida, deseara poder redimirla á costa de la mia.

El pirata quedó suspenso y conmovido.

—Eso no está en el poder de ningun hombre, dijo, porque siento que el frio de la muerte avanza hácia mi corazon; pero si es cierto que tú me quieres hacer bien, apesar de lo que te he hecho sufrir, dame un poco de agua para apagar mi sed.

Norberto corrió al manantial mas cercano, y llevó agua al herido. Cuando este hubo bebido, miró al ermitaño:

—Tú has sido bueno para el que había sido malvado, dijo: pero, ¿quieres hacer mas aun, y otorgar á un culpable el beso de paz?

—Quiero; dijo Norberto, y pido al cielo sea para tí una bendicion.

A estas palabras, se inclinó sobre el pirata, que recibió el beso de paz, y murió.

En el mismo instante, una voz que resonó en los aires hizo oir estas palabras:

—«Tu prueba ha concluido, Norberto: Dios te había castigado por haber rehusado tu piedad al culpable; él te recompensa, por haber perdonado á un malhechor. Todos los tesoros que habías perdido por dureza de corazon, los has reconquistado por la caridad. Abre tus ojos y apresta el oido, porque desde ahora comprenderás lo que dicen los vagos murmullos de la tierra y del cielo.»

El solitario, que hasta entonces había escuchado la voz, prosternado y mudo de asombro, levantó la cabeza. ¡Los árboles, deshojados por el invierno, habían reverdecido; los riachuelos helados, habían vuelto á seguir su curso; los pájaros cantaban en los floridos espinos, mientras que en el cielo se veia á los ángeles subir y bajar la escala de Jacob, á los querubines pasar sobre las nubes, á los arcángeles chocar sus espadas inflamadas y á los santos cantar himnos celestes!

Todos estos ruidos formaban un coro, cuyas armonías dejaban entender estas solas palabras:

«AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS.»

Entonces Norberto inclinó la frente y exclamó:

—¡Gracias, Dios mio! ¡Bendito seais, pues al fin me habeis hecho comprender la *gran ley* del mundo!

JOSÉ ACOSTA.

AFLICCION.

Lleno el corazon, henchido
de penas y de pesares,
un dia al cruzar los mares,
del alma lancé un gemido.

Creí que mi pena, sola
en los mares se hallaría;
cuando escuché que gemía
junto á mi barco, una ola!

—

Mucho se engaña el que estime
de un gran valor sus pesares;
que en la tierra ó en los mares
¡nunca está solo el que gime!

A. RUIZ.

Biblioteca Nacional de España

CASTILLOS EN EL AIRE.

CUENTO DE HADAS.

(*Conclusion.*)

III.

Dios os libre, queridos lectores, de encontraros alguna vez en la situacion de Hector. Gobernar es tambien una de las enfermedades del siglo, y no es la menor de ellas. En mas de una ocasion tuvo motivos para lamentarlo nuestro héroe.

El hecho es que si es difícil abordar la nave del estado, es todavía mas difícil abandonarla. Hector hubiera deseado de buena gana verse libre; pero ¿cómo? Envuelto en las mil redes de una vigilancia contínua, blanco de las traiciones de los grandes, de los murmullos de los ciudadanos, de las quejas de la multitud, de las burlas de los escépticos, echó de menos las apacibles horas en que dormitaba sobre un autor griego ó un diccionario, y maldijo mil veces los autores, causa inocente de sus desgracias. Experimentó de nuevo las angustias del hombre cuya ambicion lo lleva á ejercer funciones que es incapaz de llenar. Temblaba ante su sombra: la navaja de su barbero lo colocaba en trances espantosos. Suponiendo á su cocinero partidario de avanzadas ideas, no se alimentaba mas que con huevos cocidos.

Su corazon no sufrió menos que su estómago. En lugar de amigos, solo tuvo aduladores. La especie humana llegó á hastiarle: aun se preguntaba á sí propio si debía despreciarse él mismo, y su conciencia no tardó en reprocharle amargamente la ocupacion de un puesto para el que no estaba formado. Sufrió todos los inconvenientes del poder. Mas solitario en su palacio que un ermitaño en el fondo de un bosque, pasaba largas horas en una triste melancolía. Rodeado de espías, encerrado en la habitacion mas apartada de su palacio, dirigía algunas veces á través de los hierros de su prision una furtiva mirada á la plaza pública. El aspecto triste ó amenazador del pueblo, le hacía dejar la ventana: ocultaba su rostro entre las manos, y hubiera querido no ver ni oir cosa alguna. De tiempo en tiempo le sobresaltaban lejanos clamores.

—Buenas leyes! Dadnos buenas leyes! gritaba la multitud.

—Cada cual habla á su gusto, pensaba Hector; pero qué difícil es hacer leyes que contenten á todo el mundo! Un dia quise hacer una y gritaron todos casi unánimemente.

—Dejadlos gritar, señor; le decían sus cortesanos; y sobre todo, no legisleis: las antiguas leyes son excelentes. ¿No tenemos nosotros buenos vestidos, buena mesa y cuanto nos hace falta?

—Creo, decía Hector, que teneis razon.

Y tuvieron razon, en efecto, mientras fueron los mas fuertes; pero pronto el número de los descontentos aumentó de tal manera, que Hector comprendió su situacion. Apeló al hada, pero esta no vino.

—Por qué me he hecho hombre de Estado, cuando no era bueno quizás mas que para plantar cóles? gritaba arrancándose los cabellos. ¡Oh, desgraciado! desgraciado de mí!

Mientras tanto, crecía la tormenta: las olas de la multitud se estrellaban contra los muros del palacio, como las del mar se rompen contra las rocas. Algunos servidores le quedaban todavía, pero ni un solo amigo: Hector llamó, pero nadie acudió á su llamamiento: gritó, pero nadie respondió: recorrió su palacio desde la cueva hasta los graneros, sin encontrar un alma. Entonces subió á lo alto del edificio, como el desgraciado que huyendo del diluvio se refugia en la cresta de la mas alta montaña, y ve el océano subir, subir sin cesar, y bañar pronto sus temblorosos piés. Hector miró á lo léjos. Por encima de las murallas y los campanarios, el sol descendía magestuosamente, inundando las apacibles llanuras con su roja claridad: veíanse los labradores conduciendo sus carretas: grupos de aldeanos coronados de amapolas y madreselvas, custodiaban cantando los trigos ya curados. Los pastores, seguidos de sus ganados, descendian la suave pendiente de las colinas, cantando sus canciones pastoriles. En la ciudad, por el contrario, reinaban el desórden y

Biblioteca Nacional de España

el tumulto; las negras olas de la multitud rodaban con un terrible ruido: atacan las puertas de su palacio... Hector palidece.... las puertas ceden, la multitud sube ahullando.... Hector la oye; quiere huir, pero no hay salida. Le cogen al fin, le pasan una cuerda al rededor del cuello, le ahorcan.....

—Estais bien segura, señorita, dijo pasando su mano por su garganta, de que no me han ahorcado efectivamente? Me parece sentir que la cuerda oprime todavía mi cuello.

—Conserva esta ilusion todo el tiempo que puedas, pues ella te impedirá tal vez cometer otras tonterías; y como considero qne debes estar ya curado, adios....

—Tan pronto! dijo Hector dando un suspiro.

La hada se volvió, y mirándolo con aire burlon,

—Apuesto á que no estás contento?

Hector se frotaba la frente.

—Es que yo siento algo aquí.... balbuceó. Y si no fuera por temor de abusar de vuestra bondad pidiéndoos una nueva prueba, me creería el mas feliz de los mortales. Lo que yo había tomado por el génio de la guerra y el mando, no es sin duda otra cosa que el génio poético. Tengo una tragedia que hice el año pasado, y desearía me pusiéseis en disposicion de hacerla ejecutar....

—Una tragedia, demonio! interrumpió la hada. Sería una crueldad rehusarte este placer. Pero te advierto que es la última prueba.

—Sea, dijo Hector, con ella me basta.

IV.

—Tocad, violines, oboes y cornetines! gritó la hada levantando su plateada varilla.

Esta fué la señal: la orquesta preludió. Hector, oculto entre bastidores, brincaba de alegría. El público se aprestaba á escuchar. La orquesta continuaba. Es casi de rigor que una tragedia vaya precedida de un poco de música: esto divierte un tanto al espectador y lo prepara á soportar mas valerosamente lo demás.

La sinfonía ha terminado. Mas he aquí que empieza otra. El corazon de Hector que latía violentamente, se apaga y debilita. Siente hormigueo en las plantas de los piés y se le erizan los cabellos. Á la risa comprimida sucede un murmullo parecido al que hace un plumero pasando sobre las cuerdas de un piano. El histrion mete las manos en sus bolsillos, y parece decir al público:

—Reid, gritad, silvad si quereis, me es igual. El autor es un animal, está conocido; pero eso no va conmigo. Sé perfectamente que no es por mí por quien silvais. Si yo me metiese alguna vez, por desgracia, á escribir tragedias, las haría de otra manera.

—Miserable! grita Hector que traduce perfectamente estos ademanes: me va á perder: va....

Su ahogada voz espira en sus lábios; un sudor frio inunda su frente. El actor continua impasiblemente su papel; tiene el aire de hallarse tan fastidiado como el público. El contagio del fastidio se establece entre el patio y él, y se permite bostezar á su vez. Le dan un aplauso. La salida de la heroina puede únicamente salvar la pieza: lánzase á la escena con el puñal en la mano: la saludan con una patata: una nube de silvidos acompaña á este acto atrevido.

Qué es, entre tanto, del malogrado Hector? El director lo persigue, gritándole:

—Traidor! me habeis arruinado! He gastado cuatro mil reales en trajes y decoraciones! Voy á quebrar!

Hector no sabe como escapar de este energúmeno: ya se esconde por un lado, ya por otro, avanza, retrocede, y huyendo de su perseguidor, se encuentra en el escenario. A la vista de este hombre pálido, despeluznado, deshecho el lazo de la corbata, el público se calla.

—Es el autor! dice una linda señorita, que no era otra que el hada, sentada en una butaca de primera fila.

A estas palabras, la tempestad estalla: el patio se arroja sobre la orquesta, la orquesta sobre la escena. Hector, como un ciervo perseguido por los perros, es llevado á derecha é izquierda, arriba, abajo, á todos lados á la vez. Perseguido por el público, por el director, por los actores, por los comparsas, por todo el mundo á la par, corre, se arrastra, se

Biblioteca Nacional de España

revuelve: inútiles esfuerzos. Quiere refugiarse en un contrabajo, pero le es imposible introducirse en él. Un abismo se abre á su vista: es el agujero del apuntador. Precipítase por él, cae rodando por unas escaleras y llega por fin al fondo, á la mansion del silencio y de las telarañas.

Bien merecía que lo dejásemos allí. La indulgente y bondadosa ondina lo sacó, sin embargo.

—Y bien, le dijo con sonrisa burlona, ¿te hierve la frente todavía?

—Siempre, respondió Hector heróicamente.

—Entonces, querido mio, es imposible que no llegues á ser algo. Adios, vuelve al colegio, espera el curso natural de los años, y te pronostico que serás alguna cosa.

Dicho esto, se zambulló en la fuente. Hector no vió ya mas que una rana verde nadando en el líquido cristal y que desapareció bajo el musgo.

—

La ondina ha cumplido su promesa. Hector es algo: es comerciante de géneros ultramarinos, pero un comerciante de talento, y lo que es mejor todavía, un comerciante honrado. Sus sueños vuelven á aparecérsele alguna vez: hace teorías gubernamentales para su casa, y juega á las damas ó al ajedrez, cuando se siente con arranques de mandar un ejército. En cuanto á sus tragedias, imitando á Moliere, se las lee á su criada.

Aquí concluye el cuento que tuvo pretensiones de convertirse en novela, y aquí debería yo concluir tambien, si no creyera oportuno dar antes mi enhorabuena á la literatura por no haberse efectuado mi primer pensamiento, y dármela á mí tambien por haberme escusado, si la hubiera escrito, de sufrir un desengaño parecido á los que ha experimentado el héroe de este cuento.

Si os ha gustado, procuraré hacerme de otros originales y continuaré mi tarea, y si os ha sido molesta su lectura, os suplico me dispenseis, pues no sé hacer otra cosa.

J. de D. Ruiz.

EL LICEO EN EL TEATRO.

ROMANCE-REVISTA.

I.

Para escribir la revista de la funcion que, con éxito, ha ofrecido en el teatro la juventud del liceo, por santo amor á la pátria, con un objeto benéfico, ya que por suerte me toca este honor, usar prefiero, en vez de una prosa mala, otra que semeje versos; que, al cabo, la rima sirve de escudo á pobres conceptos, á imágenes desdichadas y á estériles pensamientos.

Oh! niñas, no me riñais; no me critiqueis, mancebos, los que trabajais, con gloria, por la gloria del liceo, si os encierro en un romance, entre la rima y el metro.

Los castellanos poetas en romances escribieron de sus héroes las hazañas y la historia de su tiempo. En esta rima española nos dejaron, por modelos, cuentos, leyendas y dramas, Calderon, Lope y Moreto, Tirso, Rojas y Alarcon, Moratin, Vega y Herreros. Y dicen los eruditos, que en España no tenemos, cual otras literaturas tienen, los poemas épicos, por estar nuestra epopeya escrita en el Romancero; obra, más bien que de sábios, de un solo poeta: el pueblo, el cual, jugando, compone sus romances. Yo me atengo á lo que mira mi pátria como suyo: comencemos.

II.

Con verdadero entusiasmo, acogió el Ayuntamiento la oferta de una funcion dispuesta por el liceo, no en su local, aunque grande, para nuestro fin pequeño, sino en este del Campillo elegante coliseo, donde tanto y tanto artista brillaron, donde cogieron tantos lauros, merecidos por su aplicacion y génio, Máiquez, Romea, Latorre, Tamayo, Calvo, Valero, Morales, Zamora.... y justo es que no nos olvidemos de Fernandez y Albarran, Perico Garcia (D. Pedro); ni de las grandes actrices que con ellos dividieron los aplausos y laureles, cual comparten su talento: las Baus, Diez é Hijosa, Boldun, Dardalla.... no puedo citar más, pues la revista hacer muy pesada temo, y grave falta sería aquí pasar en silencio á una Lagrange, una Spezzia, ó de un Aldighieri el mérito, ó de Ronconi, el más grande y más ilustre maestro.

«Y donde artistas insignes tantos lauros adquirieron, ¿van á ir los liceistas á trabajar? ¡Es empeño muy superior á sus fuerzas!» Así no pocos dijeron; mas erraron el pronóstico.

Biblioteca Nacional de España

Y si no, vamos á verlo: ¿han quedado mal acaso? Yo compararles no quiero con los primeros artistas; ese fuera un vano empeño. Dentro del modesto círculo de aficionados, han hecho lo que muy pocos alcanzan; y además, era su objeto patriótico, cristiano y grandemente benéfico. ¿Quién sus aplausos les niega? Tal es el único prémio de la aplicacion, el arte, la cultnra y el ingenio.

III.

Con la introduccion de *Norma* tuvo la funcion comienzo. Yuste la cantó muy bien, aunque no libre de miedo; y los jóvenes coristas sus buenas voces lucieron: todos gustaron; á todos, los oyentes aplaudieron; á pesar de que tan guapos como son, estaban feos, con aquellos raros trajes, los druidas y Oroveso.

Leyó luego Salazar, temblando en el palco escénico, unas lindísimas décimas: *A mi pátria;* cuyos versos expresan perfectamente los más nobles sentimientos. Grandes aplausos lograron, muy merecidos por cierto; que son las décimas buenas, y el chico, si no sereno, las leyó con energía, con clara voz, con acierto.

La comedia de Tamayo, que tras un nombre no bello; *Huyendo del peregil....* oculta un fondo muy bueno, fué interpretada fielmente, con mucha gracia y despejo. La niña Elisa Villalba, bien, bien; y muy justos fueron los aplausos dispensados á su juvenil talento. Garrigues perfectamente en sus verdores de viejo, que más quisiera ser novio de Carolina, que suegro. Es un gran aficionado, y mucho debe el liceo á su natural finura y cultivado talento. Fernandez Gomez tambien contribuyó mucho al éxito, haciendo un hijo admirable, por lo cómico y travieso; cantando... como ninguno, y como pocos durmiendo. Mucho agradaron los tres; los tres aplaudidos fueron; flores la escena llenaron, por galardon á su mérito, que Garrigues y Fernandez á la damita ofrecieron.

IV.

Aquí média la funcion y hacer una pausa debo. Magnífico está el teatro: palcos y butacas llenos, y arriba, si falta gente, tampoco se ve desierto el paraiso. Granada responde bien al esfuerzo que, para evitar conflictos y redimir por entero nuestro tributo de sangre, hacen el Ayuntamiento, los ricos, las sociedades y este popular liceo.

Mas Aureliano Ruiz firme pisa el palco escénico, y se dispone á leer sus magníficos quintetos. *Oro por sangre:* así dice su título, el sentimiento revelando de Granada y cuanto estamos haciendo. Tiene esta bella poesía fáciles, robustos versos, con imágenes valientes y profundos pensamientos; y Aureliano, cual ninguno, sabe levantar sus versos: es el Fernandez Gonzalez del antiguo *Pasatiempo*, de donde, por mí animado, vino á cantar al liceo, de nuestra España las glorias, de Lepanto el triunfo épico. El público recibióle con aplauso; aplauso inmenso le cobijó al acabar de leer, y aplausos nuevos, fuertes, nutridos, tenaces, le saludaron al verlo salir, turbado, á la escena, cuando mil voces pidieron verle otra vez, y pedian tornar á verle otras ciento.

La orquesta vuelve á tocar: es de *Marino Faliero* el precioso duo; á cantarle se aprestan Yuste é Izquierdo. ¡Muy bien! Los dos valen mucho; Yuste ha tomado el terreno, y aunque conmovido siempre, no tiembla, no tiene miedo, y ostenta sus facultades, cantando con mucho acierto. Izquierdo su hermosa voz luce y canta, no sereno, pues el público le impone, pero con mucho talento, con afinacion y gusto, como si fuera un maestro. Se lucen á par los dos, y aplausos logran por prémio de su estudio, su constancía, y reconocido mérito.

V.

¡Ah! ¿Quién es esa matrona de elegante trage negro, á quien da Ruiz la mano, y que pisa el foro nuestro con firmeza, sin orgullo; con modestía, no con miedo? Doña Enriqueta Lozano de Vilchez; su raro ingenio, su corazon, tan hermoso, rebosando en sentimientos puros, cristianos y nobles; las obras en prosa y verso que ha publicado, fecunda como Fernan Caballero y Antonio Trueba, la dan renombre justo, europeo: y en verdad que nuestra amiga, por su virtud y talento, la estrella mas esplendente es del granadino cielo. Al verla, todas las bocas en plácemes prorrumpieron, y los pechos se agitaron, y las manos, no pudiendo la reflexion contenerlas, espontáneas aplaudieron.

Pasan algunos instantes, restablécese el silencio, y con voz dulce, sonora, simpática, que halla eco en todos los corazones, anuncia un título tierno; dice: *El llanto de una madre.* ¡Qué asunto, Dios de los cielos! ¡Y qué sublimes octavas! ¡Qué frases y qué conceptos! ¡Qué ternura, qué poesía! Imágenes, pensamientos; religion y patriotismo; bendiciones y consuelos, brotaron de aquella boca, como grata miel. Frenético, entre lágrimas y *bravos* le responde un pueblo entero, con un aplauso jigante, con un entusiasmo inmenso. Flores á sus piés, un ramo colosal, emblema siendo del cariño de Granada, que ama y respeta el talento, vinieron á ser su alfombra; que no á premiarla vinieron: pues almas como la suya no hallan en la tierra el prémio.

Biblioteca Nacional de España

VI.

Romance aparte merece la zarzuela de toreros, que canta el hidalgo Blanes con mucho gusto y gracejo. Es *en las astas del toro* su título; mas por cierto, ninguno se quedó en ellas; y todos, todos lucieron, sin disgustos ni desgracias; así me agrada el toreo. La Elisa Villalba hizo, con su más tranquilo acento, ver que su anterior victoria libre la dejó del miedo; y estimulada y valiente, adelantó en un momento lo que meses, lo que años, á otras cuesta; pues el génio marcha á pasos de jigante por la senda del progreso. La baronesa *Lolilla* fué un acabado modelo; y bien ganó la corona que la dedicó el liceo. Gracita Pelaez dijo, temblando, los pocos versos que Concha tiene, hasta el ária; mas esta con mucho acierto y gusto cantó, y entonces *bravos* y aplausos se oyeron; y flores, ramos, palomas mereció; de aquel momento en adelante, siguió su papelito lijero marcando perfectamente y plácemes recibiendo.

¿Quién sale ahora? ¿No veis al ridículo y grotesco baron del Monte, cual quiso su autor hacerle? Muy bueno es Fernandez declamando; parece un actor: ¡qué cuerpo, qué cara y qué propiedad en todos sus movimientos! Cantando.... cantando está mejor... hace más efecto. El baron es la parodia, la caricatura, y eso es bueno cuando es peor; como en los bufos lo vemos: en *I feroci romani* ¿canta Tórmos? El secreto de esta clase de papeles (por la índole del género) está en escitar la risa con payasadas y gestos. Así, gran cosecha tuvo Fernandez de aplausos y ellos deben servirle de estímulo y recompensa.

¿Toreros hay en plaza? La cuadrilla que con Blanes va saliendo del foro. Salud, Juanito: es usted un mozo apuesto, bien vestido y bien plantado. ¡Qué patillas, qué meneo! ¡Sí no parece verdad que usted sea un caballero! ¿Dónde el jóven elegante? dónde el militar enérgico? No están aquí; ya tan solo es usted un gran torero, muy andaluz, muy gracioso, muy flexible; dando quiebros como el Tato y el Gordito, cual Bocanegra y Frascuelo Cuanto digo, nada es para pintar el efecto que Blanes y su cuadrilla en nuestro público hicieron. Canta y declama muy bien; y el cuadro salió completo. ¡Guapos chicos! No les nombro uno a uno, porque temo convertir esta revista en un romance de ciego. Blanes estuvo á la altura de un consumado maestro; y el coro perfectamente. Aplausos grandes, frenéticos, con justicia, les premiaron por su imponderable mérito. «¡Bien¡ ¡Bien! ¡Otra...!» Clama el público; y que repetir tuvieron el coro y toda la escena, entre un entusiasmo inmenso. ¡Salud, amigos, salud! Y al felicitaros debo dar tambien la enhorabuena á vuestros dignos maestros: á Benitez y Guervós, y á Joaquin Lopez Moreno, que detrás de la cortina os estuvo dirigiendo, con Lanzagorta, Ruiz y Perez Yáñez. Izquierdo, haciendo el papel de amante de Concha, hablaba con miedo; mas cantó muy bien el duo: Gracia y él mucho lucieron; ella ganó su corona; él nuestro aplauso sincero, y todos, sin excepcion, trabajaron con acierto. El éxito de la obra tan excelente y completo, debe halagarles y ser su gloria, estímulo y prémio.

VII.

¡Victoria, amigos...! Y basta ya de asonantes, pues veo que mi romance-revista sube á cuatrocientos versos, y si prosigo, sin duda, catorce columnas lleno. Mas á Martinez Victoría, ¿cómo olvidado le dejo, cuando amable director y tramoyista, se ha impuesto un gran trabajo esta noche? Tampoco han sido pequeños los que Santa Cruz hermanos, condescendientes han hecho. Paco, saliendo tres veces de criado; grande mérito, pues algunos desconocen, ó afectan desconocerlo, que, aficionados y amigos, son los sócios del liceo todos iguales, é iguales los papeles para ellos; sin que ninguno se crezca ni se rebaje al hacerlos: Restituto, en la casilla muchas horas fijo y sério, con Carrasco algunas veces, otras con Lopez Oviedo, recaudando escrupuloso este sagrado dinero, que lo es por su destino tan recomendable y bueno. Todos elogios merecen. ¿Y la junta de gobierno, que desde que se inició nuestro noble pensamiento, ha conducido el asunto, dificultades venciendo, hasta llevarle solícita á feliz remate y término? ¡Victoria todos! Victoria! Oh! tan magnífico éxito ha colmado la esperanza de los que siempre tuvieron, como yo, fé inquebrantable en la juventud. ¿Qué menos, si la caridad anima bronces, peñascos y leños?

La funcion ha sido digna de Granada y del liceo.

N. de Paso y Delgado.

EPIGRAMA.

Don Juan de Vega-florida
le dijo á su camarada:
«puedo decir que en mi vida
le he pedido á nadie *nada*.»
Y este contestó al hidalgo:
«le suplico no se olvide,
que *nada* nunca se pide,
pues cuando se pide es *algo*.»

E. G. Bedmar.

Biblioteca Nacional de España

POESÍAS

leidas en la funcion celebrada por el liceo en el teatro principal, en la noche del 3 del corriente, para contribuir con sus productos á la redencion del cupo de la quinta del presente año.

—

EL LLANTO DE UNA MADRE.

Todo es quietud: la solitaria palma
estremece la brisa en la espesura,
y hay do quier soledad, reposo y calma
en el silencio de la noche oscura.
Mas un gemido suena, un ¡ay! del alma,
queja del corazon en su amargura;
hondo lamento que consuelo implora,
voz de una madre que doliente llora.

—

Llora! ¿y por qué? Porque del hijo amado
ser de su ser, amor de sus amores,
mitad del corazon hoy desgarrado,
de su triste vejez lazo de flores,
va á separarla para siempre el hado;
y al probar de la ausencia los rigores,
con el llanto del alma destrozada
su postrimer caricia irá empapada.

—

Y al asomar el sol del nuevo dia,
sin luz para sus ojos, sin oriente,
no tendrá quien la diga «*¡Madre mia!*»
no tendrá un seno en que apoyar su frente.
Mas esto no ha de ser: su honda agonía
ha estremecido el corazon ardiente
de este pueblo español, y ya sin calma
corre á salvar al hijo de su alma.

—

Que hay en los séres que la fé atesoran
un sentimiento misterioso y santo
que les hace llorar con los que lloran
y que sentir les hace su quebranto.
Los serafines que al Eterno imploran,
por él, solo por él le adoran tanto;
que es luz que cielo y mundos ilumina;
es, la cristiana caridad divina.

—

Virtud que alegra la eternal morada,
foco de santo amor, inmenso y vario,
llama que arde purísima y sagrada
del alma en el eterno santuario:
flor inmarchita que nació regada
por la sangre de un *Justo* en el Calvario,
sangre que es más, porque á su amor le cuadre,
del corazon de un Dios, mas de un Dios Padre.

—

Ella nos hace levantar la frente,
teniendo en vuestro afan los ojos fijos,
y al fin gritar con entusiasmo ardiente:
«no, no lloreis por vuestros pobres hijos.
Si el mundo os engañó, si el mundo os miente
esperanza y consuelos tan prolijos,
ella viene á calmar vuestros desvelos,
que no es hija del mundo, es de los cielos.

—

Y tiende igual sus amorosas manos
á los que humildes son, á los caidos;
que para ella los hombres son hermanos,
y para ella no hay bandos ni partidos:
con amantes esfuerzos sobrehumanos
cuenta solo del triste los gemidos,
que hija pura de Dios, bendita y cara,
á todos ¡ay! bajo su manto ampara.

—

Á todos, sí; que el abrasado llanto
trueque en sonrisa su raudal deshecho,
si á esos hijos del alma adorais tanto,
si son pedazos del materno pecho,
guardadlos; vuestros son; de su amor santo
á gozar sin temor teneis derecho:
guardadlos; vuestros son; pura y ufana
hoy os los da la caridad cristiana.

—

Guardadlos, sí; que vuestro hogar amado
alegren siempre con afan constante,
que apoyo den á vuestro pié cansado,
que guien vuestro paso vacilante:
y al recordar vuestro dolor pasado,
decid en vuestro gozo delirante:
«Benditos sean del amor los lazos;
bendito quien os vuelve á nuestros brazos.»

—

Oh! Dejadme que mezcle con vosotras
el llanto de placer del alma mia:
del mundo la ilusion conocen otras;
yo tan solo conozco esa alegría.
Yo soy madre tambien; solo nosotras
comprendernos podemos este dia,
que el cielo, con purísimas cadenas,
liga las almas de las madres buenas.

—

Yo soy madre tambien; de mi ternura
prendas tengo, tesoros de mi vida,
que el sello de la infancia casta y pura
aun llevan en su frente bendecida.
Ay! quién sabe si llena de amargura
mañana, suplicante y dolorida,
cual vosotras ayer, sin paz ni calma
lloraré por los hijos de mi alma!

—

En tanto, pues tranquilas y gozosas
hoy alzais la mirada al firmamento,
si abrigais en las almas generosas
de santa gratitud el sentimiento,
alzad vuestras plegarias fervorosas,
elevad á los cielos vuestro acento,
rogando á Dios que la ventura doble
de este pueblo español leal y noble.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Biblioteca Nacional de España

ORO POR SANGRE.

¡España fué! Jigante del pasado,
la plenitud de su poder alcanza,
en otro, ya remoto y celebrado,
heróico tiempo, en que blandió el soldado,
con brazo fuerte la robusta lanza.

Entonces reflejaban sus aceros
titánicas empresas y hechos grandes,
á término llevadas por guerreros
que afilaron sus armas los primeros
en la rugiente cima de los Andes.

Y la luz de la gloria que en Oriente
con fuego abrasador resplandecia
del soldado español sobre la frente,
vibró sangrienta en la region bravía
y en las playas remotas de Occidente.

No hubo tierra ni mar, monte ni llano,
ni clima ni nacion, mundo ni esfera,
donde no tremolara el castellano
con aliento potente y sobrehumano,
el rojo tafetan de su bandera.

Ni en las páginas caben de la historia,
del español denuedo las hazañas:
ni hay gloria comparable con su gloria;
que el guerrero leon en sus campañas,
el viento fatigó de la victoria.

—

Y calmadas las recias tempestades
que los ejes del mundo conmovieron
en escombros trocando las ciudades,
á engrandecer la humanidad vinieron,
con mas alta mision, nuevas edades.

Hoy el estruendo de mortal pelea,
súbito apaga el generoso acento
de la paz, que los ánimos recrea;
y cuando brama retronando el viento
el íris en el éter centellea.

Mas, de la lucha en pos, no está saciada
la sed de las bastardas ambiciones
que rugen cual revuelta marejada:
brilla la paz; pero la paz armada,
aun despótica impera en las naciones.

Y de sangre y de lágrimas, tributo
el pueblo adeuda con horror y espanto:
de mil afanes el ansiado fruto
se torna estéril, y jamás enjuto
está el torrente del dolor y el llanto.

—

Cese al fin una vez tanta zozobra:
las horas del amor corran serenas:
¡si oro nos falta, caridad nos sobra!
su apoyo activo la vejéz recobra:
las madres calman sus profundas penas.

Y el bien que hacemos sin alardes vanos
por trocar el dolor en alegría,
por hacer los instintos mas humanos,
por la angustia calmar de la agonía;
redunda en pró de amigos y de hermanos.

—

¡Honor á los cristianos sentimientos
que abren á la virtud los corazones:
pues son de toda sociedad cimientos
del hombre las magnánimas acciones,
que brotan de los nobles pensamientos!

Horas de paz y dias de ventura
sucedan á los dias agitados:
y el luto, y la tristeza y la amargura,
queden como recuerdos arrancados
de nuestra edad, para la edad futura.

Y respetando el español renombre,
reservemos la fuerza y la energía
con aliento viril que al mundo asombre,
por si la pátria nos llamase un dia
su honra á vengar ó á defender su nombre.

AURELIANO RUIZ.

Á MI PÁTRIA.

Dios quiso dar á tu suelo
tantas galas, tantas flores,
encantos tan seductores,
que los hombres, con anhelo,
codiciaron de tu cielo
ver la extension azulada;
de esa tu Sierra Nevada
la fresca brisa aspirar,
y el gozo tener de amar
tus bellas hijas, Granada.

—

Biblioteca Nacional de España

Pero no solo cifró
en eso tus perfecciones:
dió á tus hijos corazones,
donde siempre germinó
la virtud que predicó
con una fe sin segundo;
virtud que de amor profundo
es hija; virtud que encanta:
la Caridad sacrosanta,
flor la mas bella del mundo.

—

Y por eso al contemplar
cual los pesares devoran
á tantas madres que lloran
viendo á sus hijos marchar,
tal vez la muerte á buscar,
ante ese dolor que aterra
que tanta ternura encierra,
dicen, en su idea fijos:
«no lloreis mas; vuestros hijos
no morirán en la guerra.»

—

Y hacen bien: un sentimiento
no tiene la humanidad,
que, como la Caridad,
dé al alma dulce contento.
Si á esas madres tal tormento
evitar han decidido,
por que se aterren no ha sido
al pensar en una guerra;
que á España nadie la aterra
ni á nadie nunca ha temido.

—

Díganlo aquellas legiones
desde la Italia venidas,
humilladas y vencidas
por los bravos campeones
que, como fieros leones,
heróicos las atacaron,
las batieron y arrollaron
con un valor tan profundo,
que los ámbitos del mundo
conmovidos retemblaron.

—

Ó el ejército potente
de los hijos de Mahoma,
que cual las hordas de Roma
huyó tan cobardemente,
ante el caudillo valiente
que, con su fe y con su espada,
dió principio á la esforzada
lucha heróica y singular,
que se logró terminar
en los muros de Granada.

—

De España las glorias van
desde Stambul hasta Otumba:
dígalo Lepanto, tumba
del imperio musulman:
ó las murallas de Oran,
tintas en sangre española:
Túnez, vencido por sola
la escuadra que España envía;
ó San Quintin, ó Pavía,
ó el campo de Cerinola.

—

Ó aquel, de la guerra rayo,
que vió perder su pujanza,
por el grito de venganza
que resonó el Dos de Mayo.
De los hijos de Pelayo
la sangre en las venas arde;
y si uno audaz ó cobarde
pusiera en su honor mancilla,
pronto se viera en Castilla
un Viriato ó un Velarde.

—

Tú, Granada, por amor
á tus hijos solamente,
acudiste diligente
con óbolo bienhechor.
Tú por calmar el dolor
de esas madres, así obraste;
la esperanza derramaste
en sus almas doloridas;
por eso frases sentidas
de gratitud escuchaste.

—

¡Oh pátria! Tu proceder
benéfico, dá expansion
y alegría, al corazon
que te sabe comprender.
Siempre con grato placer,
como memoria gloriosa,
estará tu accion hermosa
en nuestros pechos grabada:
Dios te bendiga, Granada,
por lo bella y generosa.

ANTONIO SALAZAR Y SANCHEZ.

El producto total de la funcion celebrada por este liceo, en el teatro principal, la noche del 3 del corriente, ha ascendido á la suma de=4.027 rs.=de los que deducidos=1.000= entregados á la empresa de dicho coliseo, por órden de la corporacion municipal, quedaron líquidos=3.027 rs.=que se han puesto á disposicion de la misma, con destino al fondo de redencion de la quinta.

Todos los gastos de la funcion, entre los cuales se cuentan algunos cobrados por la empresa del teatro, aparte de la ya mencionada cantidad de 1.000 rs., suman 1.071 rs., que han sido satisfechos de los fondos del liceo, por acuerdo de su junta de gobierno, con objeto de entregar íntegro el importe de la recaudacion.

GRANADA: IMP. DE PUCHOL.

Biblioteca Nacional de España